

✓ NOMBRE PROPIO, EPITETO Y ANTONOMASIA EN DOS TEXTOS LATINOS*



María Isabel López Olano
Universidad Nacional del Comahue

La observación de la práctica reiterada por la poesía latina de seminar sus textos con nombres propios, orientó a J. Marouzeau¹ no sólo a determinar e peculiar valor estilístico de este sintagma nominal sino también a adelantar observaciones que profundizaría más tarde la semántica. Necesariamente recordamos también en este trabajo la obra de M. Parry, *L'épithète traditionnelle dans Homère*,² texto ineludible en el campo de la filología clásica, que hemos tenido en cuenta para considerar el constructo 'nombre propio más epíteto' como fórmula integrada. Consecuentemente, como el estudio de la fórmula así constituida implica el análisis de un determinado tipo de términos referenciales en contexto, nos hemos ocupado

* Este trabajo fue presentado en el XII Simposio nacional de estudios clásicos, organizado por la Universidad Nacional de Córdoba. No se editarán actas de este Simposio.

¹ "L'Exploitation du Nom Propre à Titre de procédé poétique" en *Anales de Filología Clásica*, Buenos Aires 6, 1953-1954; *Quelques aspects de la formation du latin littéraire*, Paris, Klincksieck, 1949; *Traité de stylistique latine*, Paris, Les Belles Lettres, 1970.

² Paris, Les Belles Lettres, 1929.

igualmente de la antonomasia en términos de los cambios de sentido relevantes que produce la sustitución del nombre en una secuencia determinada o en una determinada unidad estructural. Teniendo en cuenta estos componentes, como objetos específicos en los cuales se centra nuestro interés, hemos intentado una relectura de textos a partir de la siguiente proposición: 'La fórmula NP + epit. en el corpus seleccionado³ ocupa un lugar privilegiado en la producción de significado a nivel discursivo.'

En la consideración de los textos desde este muy acotado lugar de análisis, como hipótesis de trabajo, repensamos entre otros el concepto de 'tradición clásica' o 'tradición gracolatina'. De modo muy esquemático, con fines metodológicos, consideramos la función que en ella tiene el mito o más bien 'lo mitológico', estableciendo, entonces, la distinción entre discursos que son en sí relatos míticos y discursos que hacen uso / mención de un determinado mito, lo que implica hablar de dos fenómenos discursivos distintos. Decimos que los discursos poéticos que pertenecen a esta tradición, ya sean de uno u otro tipo, se han generado a partir de un número finito de nombres propios y un número también finito de predicaciones en las que figuran esos nombres propios, de las cuales un subconjunto resulta el dominio de los epítetos como modo de predicación condensada. Con esto intentamos establecer que, al menos en un principio, para cada nombre propio (mítico) había también un número limitado de predicados posibles. Estos discursos quedan fijados en textos, configurados según determinados princi-

³ Para la presente ponencia el corpus original ha sido reducido a *De rerum natura*, y *Catulli, Carmen 64*.

pios atinentes a las distintas modalidades poéticas, que en un primer momento al menos parecen responder a reglas de composición muy estrictas para cada uno de ellos: formas métricas específicas, diferencias dialectales, léxico, niveles de lengua, estructura de composición, extensión, tono, temas, etc. En fin, lo que en términos de la poética vigente estaba pautado por el concepto o idea de lo 'aptum', entendido como lo propio, correcto, adecuado para cada género.⁴

Ahora bien, nombres propios y predicados componen 'oraciones generales múltiples, unidas por signos de conjunción tácitos'⁵ y constituyen lo que se ha denominado comúnmente 'el acervo común'. A partir de ellas se abstrae "la red" de los tópicos poéticos de la tradición clásica. Como sabemos, el poeta recibía sus argumentos de la configuración mítica heredada y esto condicionaba hasta cierto punto su quehacer discursivo. De algún modo no controlable, trabajaba con lo ya dado

⁴ Tomemos el NP ENEAS. Indudablemente Virgilio tenía un marco bastante amplio de predicados posibles, pero sin duda existen algunas posiciones argumentales que no podía ocupar ese nombre, que a lo largo de toda la obra tiene un epíteto casi fijo al modo de los homéricos: PIVS. No podía ocupar, por ejemplo, posiciones como las que plantean oraciones tales que afirmen que Eneas dejó olvidado a Anquises en Troya. Esto es así por múltiples razones. Entre ellas las que hemos creído más importantes son: 1) Virgilio recibe un héroe semiesbozado por la tradición homérica, por los testimonios arqueológicos y por leyendas muy difundidas en el suelo de Italia; y 2) si hubiese formulado este tipo de predicaciones, mediatizado por el pacto discursivo, se hubiese entendido que Virgilio se trasladaba del terreno de la épica al de la comedia, discurso en el que este tipo de cosas es bastante frecuente.

⁵ Neil Wilson, "Substancias sin sustratos" en *The Review Of Metaphysics*, 12, 1959, p. 521.

para producir algo nuevo. El modo en que organizaba su material, lo que seleccionaba de un determinado ciclo, la recomposición del material, los cortes, las omisiones y las adiciones, el juego de la intertextualidad, en definitiva, la dinámica de texto y macrotexto producía un texto nuevo en el que el discurso se organizaba y actualizaba cada vez de modo único, no repetible, distinto. Resultan significativas, por lo tanto, la mención como la no-mención cuando se actualiza una determinada referencia mítica. En tal sentido, las fórmulas funcionan como operadores de variantes de significado. Concebida de este modo la tradición, como discurso poético generador de otros discursos y de textos poéticos, entre emisor y receptor se establecía un pacto mediatizado por determinadas convenciones propias de cada modalidad discursiva y por el texto individual. Nombres propios y predicados se organizan en textos que serán considerados, de conformidad con sus propiedades distintivas, épicos, líricos, dramáticos. El poeta suponía en el receptor de su escritura una competencia peculiar, un conocimiento especial de lo que era posible esperar de un tipo discursivo determinado. Pero también sabemos que parte de esa competencia estaba constituida por el conocimiento previo del mito involucrado. Se conocían personajes, acciones, tiempo-espacio y situaciones y se conocían los textos anteriores. La mera aparición de un nombre en el texto implicaba la ubicación inmediata en determinado lugar del mito. En consecuencia, cada uno de los actores en este proceso desempeñaba un rol acotado por estas condiciones de la producción-recepción.



Por otra parte, cuando se piensa en una tradición literaria, se piensa en una perspectiva histórica, diacrónica. La épica romana, por ejemplo -también lo sabemos- a pesar de las apariencias, a veces intencionales, no es similar a la épica helenística, ni a los poemas homéricos, si bien en muchos aspectos es heredera de ambos. Esos tres momentos (Homero, los alejandrinos y Roma) involucran situaciones de enunciación absolutamente distintas, lo cual significa no sólo, como es obvio, actos discursivos muy distintos, sino también, lo que quizás resulte menos obvio, pactos discursivos muy distintos, diferencias que necesariamente van a condicionar la producción y la recepción de cada una de las obras. En el caso de los poetas latinos que se ubican en el momento terminal de la tradición, la memoria de los textos anteriores, que - como dijimos es un aspecto de la competencia del receptor- resultaba especialmente productiva. Así en la mención que en *De Rerum Natura* hace Lucrecio del sacrificio de Ifigenia (I, 80-

103), el recuerdo del lector, muy probablemente, superpusiese a la lectura del texto de Lucrecio, el recuerdo de textos anteriores: Homero, Esquilo, Sófocles y Eurípides, de modo tal que esa referencia se tornaba compleja por una condensación de significados textuales y extratextuales. También aquí juegan su rol de índices los nombres propios y los predicados.

En términos generales, el punto de partida del análisis del nombre propio resulta ser la constatación de que se trata de términos que tienen la particularidad de poseer una referencia única, reenvían a una entidad particular, concebida como un individuo singular.⁶ En principio una primera aproximación opone dos concepciones tradicionales: aquellas teorías según las cuales el nombre propio no tiene connotación sino que es puramente denotativo (Stuart Mill) o aquellas más radicales aún que lo conciben como una etiqueta vacía cuya significación íntegra se agota en su realidad fónica (Gardiner, 1954); y teorías claramente contrarias que, como la de Jerspersen, afirman que los nombres son las expresiones más significativas y connotativas por ser las más individuales.

Teniendo en cuenta que son los nombres míticos los que específicamente nos han interesado como objeto de estudio, hemos postulado para ellos una concepción intermedia entre los dos conjuntos de teorías antagónicas. En el marco general de la tradición clásica, los nombres propios no resultan al lector etiquetas vacías. Más bien lo que el poeta recibía de sus predecesores era un repertorio de formas cargadas de connotaciones potenciales. Se trataba de nombres que

tenían su historia en una tradición literaria que los reiteraba sin que se agotasen a lo largo de siglos sus posibilidades productivas. Dentro de esta perspectiva histórica, pueden ser concebidos como los ítemes léxicos de un diccionario que sólo definen su sentido concreto en la medida de su aparición sintagmática en el texto. Su referencialidad no había quedado codificada de una vez para siempre a partir de los textos iniciales, sino que se modificaba y ampliaba cada vez en un nuevo texto.

Como el sentido de un nombre propio -de conformidad con la formulación de Neil Wilson- es una función de las oraciones que lo contienen, hemos considerado que en el corpus analizado se generan en torno de los nombres oraciones generales múltiples cuyos constituyentes son matrices asertadas atómicas (oraciones aisladas), unidas por signos de conjunción tácitos, oración que cambia y crece en el transcurrir de la lectura. Estas oraciones generan la referencialidad atribuida al nombre por un poeta determinado. Como ejemplo evidente puede considerarse el canto de las Parcas en *Catulli* 64, desde el verso 337 al 370 como una oración de esta naturaleza que define el sentido del nombre 'Achilles' en ese texto. Cada autor que utiliza un nombre mítico le otorga, en consecuencia, un sentido nuevo y, en ocasiones, como lo hemos comprobado en el caso citado radicalmente diferente. En efecto, si bien la posibilidad de los lugares argumentales que pueden ocupar los nombres no es ilimitada en el marco de una misma tradición, resulta, sin embargo, lo suficientemente amplia como para que de los enunciados atestiguados en textos anteriores se recuperen sólo algunos en contextos diferentes, pero también se produzcan otros nuevos. Hemos cons-

⁶ Marouzeau, por su parte, ha observado en tal sentido su valor evocador y simbólico.

tatado en nuestra lectura de Lucrecio y del *Carmen 64* que los nombres incluidos son índices demarcadores de la intención y actitud del poeta no sólo ante la tradición literaria en que estos textos necesariamente se inscriben sino también ante presupuestos discursivos previamente establecidos: pensamos, por ejemplo, en la función paradigmática del mito como tal.

Sin embargo, precisamente realizan esta función en la medida en que el nombre funciona como designador rígido, esto es, como en un término que asegura la continuidad de la referencia al individuo a través de todas las modificaciones especiales, temporales y personales del individuo designado y no es reductible a un conjunto cualquiera de oraciones generales que caractericen su referencialidad. Estas oraciones pueden no ser utilizadas de modo invariante para un mismo individuo, dado que éste puede cambiar de modo tal que las propiedades que servían para definirlo en un contexto dado no se le apliquen más en otro, mientras que el nombre propio, no importa cuáles sean las modificaciones sufridas por un personaje en un texto o en una serie de textos, permanece funcionando como indicador de una singularidad. En tal sentido se puede concebir la noción de designador rígido según dos acepciones diferentes: como designador rígido déctico el nombre propio mantiene la invariancia de la referencia al personaje a través de todas las modificaciones que en los textos se hayan admitido: funcionan como operador déctico de ubicación puntual de un locus mitológico. Por otra parte, también son interpretados como formas que aseguran una continuidad entre los diversos mundos posibles, indentificados con la más diversas concepciones poéticas.

Finalmente, hemos intentado distinguir estrategias de producción, de recepción y de comprensión del nombre propio en un mismo texto. Este tratamiento, que en alguna medida intentó recuperar la dinámica del discurso subyacente, dio como resultado un análisis del corpus en el se tuvieron en cuenta distintos niveles de aparición según los roles de los enunciadores, las diversas situaciones de enunciación, las formas posibles de recepción y comprensión de las referencialidades involucradas. En el entramado de la textualidad los nombres constituyen anclajes a modo de balizas que demarcan una organización simbólica determinada. Así, si distinguimos en la lengua un campo déctico y un campo de la representación, hemos constatado que, efectivamente, en los textos poéticos analizados, los nombres funcionan delimitando un tercer campo de intersección entre los dos primeros. Se trata de un sintagma nominal pero su funcionamiento morfosintáctico, semántico y pragmático lo aproximan a los décticos ya que actualizan el plano de la representación operando como índices de una singularidad irrepetible.

En relación al epíteto, entre las definiciones consideradas, encontramos la insistencia en dos rasgos que son presentados como definitorios. En el plano sintáctico se los describe como yuxtapuestos al nombre. A su vez una perspectiva semántico-pragmática les asigna un valor puramente ornamental: en términos de Cohen⁷ se trata de un determinate vacuo. Sobre este segundo rasgo distintivo, enfatizado también entre otros por Lausaberg⁸ -quien se apoya para el caso en citas de Quintiliano- parece necesario aclarar que

⁷ Cohen, Jean, *Structure Du Langage Poétique*, Paris, Flammarion, 1960.

⁸ *Manual de Retorica Literaria*, Madrid, Gredos, I-III, 1980, párr. 676 y 99.

cuando se considera esta propiedad como efectivamente definitiva, se piensa en términos generales en la relación del SN con el SAdj., sin tener en cuenta que el epíteto puede realizarse también mediante el SN.⁹



En nuestra perspectiva el interés fundamental reside en su funcionamiento textual como forma significante de carácter -podríamos decir casi metafóricamente- remático, sea que lo consideremos como una predicación condensada con valor descriptivo en la esfera de la representación, sea que lo consideremos como índice de la actitud empática o simpática de un determinado enunciador en la esfera del discurso. En tal sentido, comprobamos su ocurrencia en planos discursivos diferenciados en una primera clasificación: referidos o indirectos / directos o formulados por el sujeto de enunciación o por diferentes enunciadores. Así en la lectura del *Carmen 64*, en una serie relativamente breve de versos figuran dos epítetos antitéticos referidos a Minos. De hecho leemos en el v.75 una antonomasia erudita que sustituye al nombre:

9 M. Parry, *op. cit.*, p. 79 y ss.

Attigit iniusti regis Gortynia templa
(Trad.: abordó el palacio del
tirano de Gortynia)
y en v. 85:

Magnanimum ad Minoa uenit
sedesque superbas

(Trad.: llegó hasta el magnánimo
Minos y su soberbia morada).

Cualquiera sea la índole de los términos referenciales utilizados en uno u otro hexámetro, a Minos se le aplican dos epítetos contradictorios que orientan a una relectura segmentadora de la serie en dos discursos diferenciados. Hemos distinguido, en consecuencia, en ella dos planos de enunciación: el v. 75 es atribuible a un enunciador distinto del enunciador del v. 85. Uno y otro epíteto afectan a un mismo referente, pautando dos valoraciones antagónicas.

En el plano semántico, teniendo en cuenta el eje de relación modo de representación- referencia, los hemos clasificados en descriptivos, convencionales y resemantizados por contexto. A su vez, en el valor descriptivo incluimos como matiz especial, condicionado también por el contexto, el de epíteto argumentativo. Finalmente a nivel textual, demarcamos su función composicional y cohesiva al presentarlos como formas no codificadas de anáfora o catáfora que establecen por su recurrencia a distancias diversas relaciones entre distintas unidades textuales. De este modo, el epíteto *maestra* en *Carmen 64*, en los versos 60, 130 y 202, relacionados con Ariadna, recurre en el v. 120 para señalar a Egeo. Expediente que se repite con el epíteto *anxia* (lumina) en el v. 242, nuevamente relacionado a Egeo, que en el v. 203 se aplica en forma directa a Ariadna. Funcionan a modo de flechas que reenvían de una referencialidad a otra, complementando, por otra parte, la equiparación de estos dos personajes de la historia, pautada implícitamente mediante diversos recursos textuales. *Sospes* en el v. 112 referido a Teseo se repite en el v. 211, recurrencia que apoya la re-

lación antecedente-consecuente entre dos momentos específicos del relato: la muerte del Minotauro y el regreso a Atenas. La reiteración de *ferox The-seus* en v. 73 y en v. 247 cumple nuevamente una función similar, además de atribuir al nombre un epíteto, en primer término, inusitado y, por ende, antitradicional y argumentativo, como comentario valorativo de rechazo ante el personaje en dos situaciones en que la simpatía del enunciador se orienta hacia las respectivas víctimas y resulta, asimismo, un nuevo índice de equiparación de las figuras de Ariadna y Egeo.

Esta potencialidad de valores del epíteto es lo que permite su estudio como factor de análisis -ya no en un sentido puramente ornamental o convencional sino como efectivo índice actitudinal, de cohesión y de variante ante el material heredado. Como elemento componencial de la fórmula, considerando el nombre propio como operador rígido que trasciende un texto particular, el sistema de epítetos yuxtapuestos a él recortan y pautan la referencialidad atribuida en un texto dado a ese nombre.

Para finalizar, hemos comprobado que existe entre nombre propio, una clase de epítetos y la antonomasia una relación de variación referencial que permite no sólo la identificación de unas formas respecto de otras, sino también establecer el grado de eficacia expresiva de cada una de ellas. Isidoro indica someramente la diferencia entre epíteto y antonomasia por la presencia o ausencia del nombre propio: "Inter antonomasiam autem et epitheton hoc differt quod antonomasia pro uice nominis ponitur, epítheton autem numquam est sine nomine."¹⁰ Es así que en virtud de la aparición del nombre 'Venus' en el segundo hexámetro de DE RERVVM NATVRA, hemos considerado que 'Aeneadum genetrix' es un

epíteto y no una antonomasia. Sin lugar a dudas esta operación confirma que el valor del epíteto o -al menos- de una clase de epítetos no es simplemente ornamental sino que resulta en ocasiones pleno de significación. Sin embargo, es lícito preguntarse si la decisión tomada sobre el estatuto del 'Aeneadum genetrix' es la más adecuada en la medida en que resulta bastante problemático delimitar si el alcance del nombre se limita al epíteto 'alma' y, entonces, se debe considerar el primer hexámetro como una antonomasia o mantener el primer análisis. Esta ambigüedad pone en evidencia que existen, en realidad, dos clases bien diferenciadas de epítetos, tanto por su naturaleza categorial adjetiva o sustantiva como por su función sintáctica de simple modificador o aposición. En realidad, debe admitirse que ciertamente se dan con frecuencia casos de epítetos que resultan 'determinadores redundantes': son específicamente aquellos representados por el SAdj.; mientras que los realizados por el SN pueden ser convencionales pero en ningún caso totalmente redundantes o vacuos, puesto que ante la ausencia del nombre funcionan como antonomasias. Ahora bien, si una antonomasia puede sustituir sin equívocos al nombre, esto significa en términos de la lógica formal que la antonomasia se comporta como una descripción definida.¹¹ Se sigue de esto que por la posición de intersección que ocupa la antonomasia entre el nombre y el epíteto, se establecen relaciones de ausencia-presencia que enfatizan o neutralizan en diversos grados sentidos adicionales. Si se piensa al nombre como un designador rígido, su presencia aislada en el texto puede resultar neutra. Como componente de la fórmula y unido al epíteto, las posibilidades de significado adicional tienden a aumentar sensiblemente. Por último, la presencia de la antonomasia opera en un doble sentido:

¹⁰ Lausberg, *op. cit.* T. II. P. 142. Trad.: Entre la antonomasia y el epíteto existe esta diferencia: la antonomasia se coloca en lugar del nombre; el epíteto, por el contrario, jamás aparece sin el nombre.

¹¹ Cf. B. Russell, "Sobre el denotar" en *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, (Recop. Th. Moro Simpoon), Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

por omisión, como sustituto del nombre, y por extensión, ya que se trata de una descripción definida que en términos generales cuando no es convencional es una construcción relativamente extensa cuyo contenido 'informativo' focaliza un determinado rasgo que se desea destacar. Resulta un poner in praesentia un aspecto especialmente particularizado que quedaría anulado con la concurrencia del nombre propio como designador rígido.

De los textos analizados es en el epyllion de Catulo en donde el valor de la antonomasia es explotado con matices más variados. Los hemos sistematizado según dos dimensiones abarcadoras: precisamente, como forma de actualizar intencionalmente determinados rasgos del personaje que resultan funcionales en un determinado pasaje¹²; pero también como enigma erudito destinado a un lector cómplice igualmente erudito.¹³

Siendo la antonomasia un componente de la dicción épica no faltan en el poema las formas convencionales como 'Caelicola', 'Parcae', 'Minois', 'Pater Dium', etc., que, de conformidad con el análisis realizado, se conciben como sostenedores omnipresentes en el texto de una dicción épica mimetizada intencionalmente.

Al cabo de reiteradas lecturas no nos resulta sorprendente que la variedad de matices significantes desplegados por medio de la antonomasia responda a la índole misma de un poema

¹² Caso del v. 346 entre otros:

Peruiri Pelopis uastabit tertius heres.

(Trad.: [las] arrasará el tercer heredero del perjuro pélope).

¹³ Cf. Vs. 95-96: *Sancte puer, curis Hominum qui gaudia misces, (trad.: Divino niño, que mezclas las penas y los gozos humanos,*

quaeque regis Golgos / quaeque Idalium frondosum. (Trad.: y la que reinas sobre Golgos y la umbrosa Idalia.)

cf. v. 395: *Aut rapidi Tritonis era aut Rhamnusia*

Virgo (Trad.: la soberana del rápido Tritón o la Virgen Rhamnusia).

que pone en juego mecanismos formales convencionales para confrotarlos a modos que renuevan en la propia escritura la fórmula intentada por Calpurnio, canon, por otra parte, legitimado por la poesía latina que acepta como desafío no incorporar en su 'recontar' nada que no estuviese atestiguado.

